

La creación historiográfica de Carlos Máximo Dobal Márquez

Edwin Espinal Hernández *

Ochenta años de vida que los alumnos, colegas académicos y amigos del Dr. Carlos Máximo Dobal Márquez (La Habana, 1926) celebramos en el año 2006, es un buen pretexto para hacer una valoración de su obra. Premio Nacional de Historia, ex embajador dominicano ante la Santa Sede y profesor emérito de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra (PUCMM), entre otros atributos que lo enaltecen, la nómina de sus publicaciones registra títulos que datan de los fines de la década de 1950. *La iglesia y la paz*, conferencia que dictó el 24 de enero de 1950 al recibir la Medalla de la Paz de la Asociación Nacional Cubana Cruz Blanca de la Paz, fue editada en 1958, cuando también apareció *Iconos*, trabajo leído el 22 de enero de ese año para ilustrar la exposición de íconos –primera de su clase en Cuba– abierta en la Casa Cultural de Católicas de las Damas Isabelinas. En 1972, *Historia de la cultura. Apuntes de Cátedra*, da a conocer sus ideas generales para el programa de la materia Historia de la cultura moderna y contemporánea que impartió en la PUCMM. En 1973, publica *Santos de palo y santeros dominicanos* y *El agua en Santiago* y en los dos años subsiguientes da a conocer *Higüeros rameados dominicanos* (1974), *Poemas*, y *Santiago, ciudad victoriana* (1975).

* Miembro correspondiente nacional de la Academia Dominicana de la Historia.

Sin dar tregua a su andar literario, en 1977 publica su segundo poemario, *Variaciones* y escribe un *Himno Popular Eucarístico*. En 1979 recoge sus investigaciones sobre el segundo solar de Santiago de los Caballeros en *La verdad sobre Jacagua* y también dio a la luz *Semejanzas: Santiago de Compostela y Santiago de los Caballeros*. Continuaría el cultivo de la poesía en 1980 con la publicación de *Lunes poético*, año en el que también estrena el villancico *Niño Rey*, musicalizado por Julio Alberto Hernández y se une al arquitecto Holger Escoto en la obra ilustrada *Santiago, gráfico victoriano*.

La década de los ochenta es su etapa más fecunda, que arranca con el ensayo *Herencia española en la cultura dominicana de hoy* (1981) y continúa con *Panoplia dominicana* (1983); *Otros*, un nuevo libro de poesía (1983); *Santiago en los albores del siglo XVI* (1985); *Nuestra Catedral* (1986); *Habla Lilis* (1986); *La Isabela: Jerusalem americana* (1987); *¿Cómo pudo ser La Isabela?* (1988) y *El retrato de Espaillet y otros estudios históricos* (1989). Las obras sobre La Isabela fueron los dos primeros volúmenes de la serie *Cuadernos Isabelinos*, que completaría con *El primer apóstol del Nuevo Mundo* (1991); *Odisea del ancla de Colón* (1991); *Nuevas del Nuevo Mundo* (1992) y *¿Dónde están los huesos del Almirante?* (1996)

En 1991, el Teatro Universitario de la PUCMM puso en escena su ensayo dramático *Cuatro monólogos colombinos* y en 1997, la Academia Dominicana de la Historia reeditó en un solo volumen y bajo el título *El primer Santiago de América*, su obra *Santiago en los albores del siglo XVI*, conjuntamente con los ensayos *El escudo de armas de la ciudad de Santiago*, de Pedro Julio Santiago y *Santiago de los Caballeros impecederero legado hispano colombino*, de Julio Genaro Campillo Pérez. Actualmente tiene en imprenta *Memorandum a mi memoria*, compendio de reflexiones personales publicadas en

el periódico *La Información*, amparado en breves anécdotas de ágil y precisa redacción que rememoran acontecimientos y personajes.

Como se observa, cerca de una treintena de obras componen su creación intelectual en República Dominicana, en las cuales se distingue una identificación afectiva y espiritual con lo dominicano. En efecto, en toda su producción está presente un vínculo emocional con nuestro pueblo, su historia y su gente, que asimiló no cuando entró en contacto con el influjo telúrico del ambiente local a partir de 1964 sino a partir de sus propias raíces familiares: su abuela materna, Victoria Román Grullón de Dobal, nacida en Santiago de los Caballeros, gravitaría significativamente en su valoración de lo nacional, en lo distintivo de lo dominicano.

Dobal ha acudido a la historia colonial, a la historia del arte, a la historia de la cultura, a la historia de Santiago, al teatro y a la poesía como pasiones vitales para proyectar su asimilación a nuestra realidad social e histórica. Específicamente en el ámbito de su bibliografía histórica, la hipótesis, la comparación, la inferencia y la deducción, con la complicidad de la intuición y la imaginación, le confieren a la obra de Dobal una marca distintiva y singular. Instrumentales analíticos en sus colecciones de artículos, ensayos o monografías, Dobal se vale de ellos para sustentar de manera creativa y original muchos de sus planteamientos y organizar y dar un significado coherente a los datos que expone. Por supuesto, abrevia en los documentos en cada de sus investigaciones, enseñándonos que el historiador debe testimoniar el aliento de la historia en su forma más pura:

“Debemos consignar que la mayoría de los historiadores copian los datos de los que le precedieron en sus publicaciones –sin una seria crítica de sus fuentes– ; y que alteran

estos datos, agravándolos o minimizándolos, según sus personales criterios ideológicos o idiosincrásicos. Por esto, hay que ir a las fuentes primigenias de los datos y someter éstas a una crítica severa y responsable, cuyo resultado debe ser ponderado y en los casos necesarios, consignado”.¹

Dos de sus obras fundamentales, *Santiago en los albores del siglo XVI* y *¿Cómo pudo ser La Isabela?*, revelan la energía espiritual, el vínculo entrañable que le une con estos asentamientos colombinos. Ese impacto telúrico le llevó a internarse no sólo en el estudio de sus grupos humanos a través de documentos históricos, sino también de sus ruinas, quedando expresa su cordial afinidad por la arqueología. De ellas, *Santiago en los albores del siglo XVI* es su obra consagratoria, mereciéndole el Premio Nacional de Historia en 1985. En ella plasma su visión de esta ciudad mientras estuvo en su fundo de Jacagua de 1504 a 1562 y el discurrir de sus pobladores. Junto a *La verdad sobre Jacagua*, obra breve en la que estampa los contornos peculiares de la historia y el estado de las ruinas de la ciudad en ese lugar, es un texto clave dentro de la escasa bibliografía sobre los inicios de Santiago de los Caballeros y deslumbra por el acierto expresivo con que su autor asume y recrea prácticamente todos los aspectos importantes del desenvolvimiento de la entonces villa colonial ovandina.

¿Cómo pudo ser La Isabela?, con su bien apertrechada documentación, esclarece y orienta, explora y enseña acerca de las dimensiones, la ubicación, el perfil urbano, la categoría de la urbanización y los vestigios de la ciudad primigenia del continente americano, sentando las bases conceptuales e interpretativas de su visualización ideal. Es además un libro iluminador respecto al perfil arquitectónico y constructivo de

-
1. Carlos Dobal Márquez. *El primer apóstol del Nuevo Mundo*. Santo Domingo. Editora Taller, 1991, p. 61 (Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra).

sus principales construcciones, la iglesia y la casa-fuerte de Cristóbal Colón. Vinculadas también al Solar de las Américas, *El primer apóstol del Nuevo Mundo* y *La Isabela: Jerusalem Americana*, comparten referencias que revelan el conocimiento de Dobal sobre la naturaleza humana, evidenciado en su caracterización de fray Bernardo Boyl, celebrante de la primera misa en América, el 6 de enero de 1494 y en la narración de este acontecimiento. El autor penetra en el interior de los personajes de la época, atribuyéndoles las actitudes y comportamientos que determinarían el curso de los sucesos que relata. En el caso de Boyl, se revela como un diestro creador de caracteres, cualidad por la cual sabe diseñar el perfil físico y psicológico del personaje, cuando estudia un grabado de su figura en el que aparece junto a tres frailes:

“El prelado, supuestamente fray Boyl, aparece siempre más alto que el resto de los frailes. Es posible que esta diferencia de estatura, sólo pretendió indicar su jerarquía, pero es el único indicio que tenemos para suponer que, quizás fray Boyl, fuera de aventajada talla física. Documentación escrita nos lo retrata como de complexión robusta, como antiguo capitán de galeras. Pero también, otros documentos nos hablan de su vocación ascética y de sus recomendaciones sobre ‘el rigor y continuo castigo del cuerpo’.

Podemos pensar que Fray Boyl fue un hombre vigoroso; y aunque a veces nos lo presentan ‘achacoso’, sus achaques no debieron debilitar su fuerte naturaleza.

El retrato psicológico de Boyl aparece reflejado en su letra, la que compara el padre Fita, por su semejanza, con la letra del Almirante Descubridor; y la califica de ‘letra, apretada y fina’.

Este tipo de letra, para los grafólogos, indica carácter equilibrado y buena organización mental; la letra apretada indica discreción (...).

El carácter de Fray Boyl era evidentemente arrojado”².

Prevalido de un lenguaje narrativo, con su talento imaginario y su formación intelectual, en *La Isabela: Jerusalem americana*, luego de evocar la religiosidad de Cristóbal Colón y localizar los restos de la iglesia de este asentamiento, nos presenta una recreación ficticia de la primera misa, en la cual desfilan personajes con el paisaje de trasfondo, recogiendo la esencia del momento:

“Es posible que siendo tan reducido, como parece haber sido el sagrado recinto, fueran tendidas las velas de las naves a modo de tienda para proteger del sol a los participantes en esta ceremonia, los que debieron acercarse al millar.

La hermosa campana de bronce con el monograma del rey Fernando –que aún se conserva– debió ser izada a una alta rama de alguno de los antiquísimos árboles que rodeaban el nuevo templo, cosa de que su dulce tañido –que encantaba a los indios haciéndoles pensar que ‘la campana hablaba’– fuera escuchada a mucha distancia de allí.

Como media hora antes de la salida del sol, debieron comenzar a alternarse los repiques y clamores del bronce consagrado, llamando a Misa, por primera vez, en tierra americana. Durante este tiempo, las campanas de los navíos anclados en el Puerto, debieron unir sus voces a la de la campana de La Isabela. Los augustos y alegres tañidos se alzaron al cielo que comenzaba a teñirse de rosa y oro,

2. Carlos Dobal Márquez. Ob., Cit., p. 85.

despertando a las gaviotas y a las golondrinas de la costa, que prendían sus cruces raudas en el horizonte.

Cuando el sol asomó por el Oriente su ojo de fuego, fray Bernardo Boyl -revestido con los ornamentos de seda blanca bordada de oro, que le fueran entregados para esta ocasión por la reina Isabel- se acercó a la puerta de la capilla y con el hisopo que portaba en la mano derecha, procedió al ‘asperges’, rociando con agua bendita a los presentes, al tiempo que decía: ‘Asperges me. Domine, hisopo et mundabor: lavabis me et super nivem dealbabor’ (...).

Dicho esto, el Vicario Apostólico penetraría al templo prendido por los doce religiosos presentes, todos revestidos; los presbíteros con estolas doradas sobre los hábitos de sus distintas órdenes: gris pizarra, los franciscanos fray Juan Pérez, fray Antonio de Marchena, fray Rodrigo Pérez, fray Juan de la Duela y fray Juan Tisín. Túnica blanca con el Blasón de la Orden –que lleva la cruz y las barras de Aragón– los mercedarios: fray Juan Infante y fray Juan de Solórsano. Con túnica blanca y escapulario color marrón oscuro, como ermitaño de San Jerónimo, fray Ramón Pané. Con sotana negra, sobrepelliz y estola dorada, el abad de Lucerna, el padre Pedro de Arenas y fray Jorge, que llevaría además, al cuello, la cruz de Santiago en forma de lagarto escarlata”.³

¿Dónde están los restos del Almirante? es una obra singular por la audacia de la tesis que propone. En la visión dobaliana, una mitad exacta de los restos del Descubridor está en Santo Domingo y la otra en el monasterio cartujo de Santa María de las Cuevas en Sevilla, conclusión a la que llegó tras

3. Carlos Dobal Márquez. *La Isabela: Jerusalem americana*. Santiago de los Caballeros, Impresora Teófilo, 1987, pp. 33-35 (Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra).

el cotejo de las relaciones de fragmentos óseos levantados al momento de sus respectivos hallazgos:

“Lo más interesante de esto es el hecho de que los contenidos óseos de los dos depósitos parecen complementarse y coincidan los experticios realizados sobre ellos por distintos especialistas, en cuanto a la edad, sexo y talla del sujeto, así como su notorio padecimiento artrítico. Esto parece confirmar que estamos ante los verdaderos restos del Descubridor.

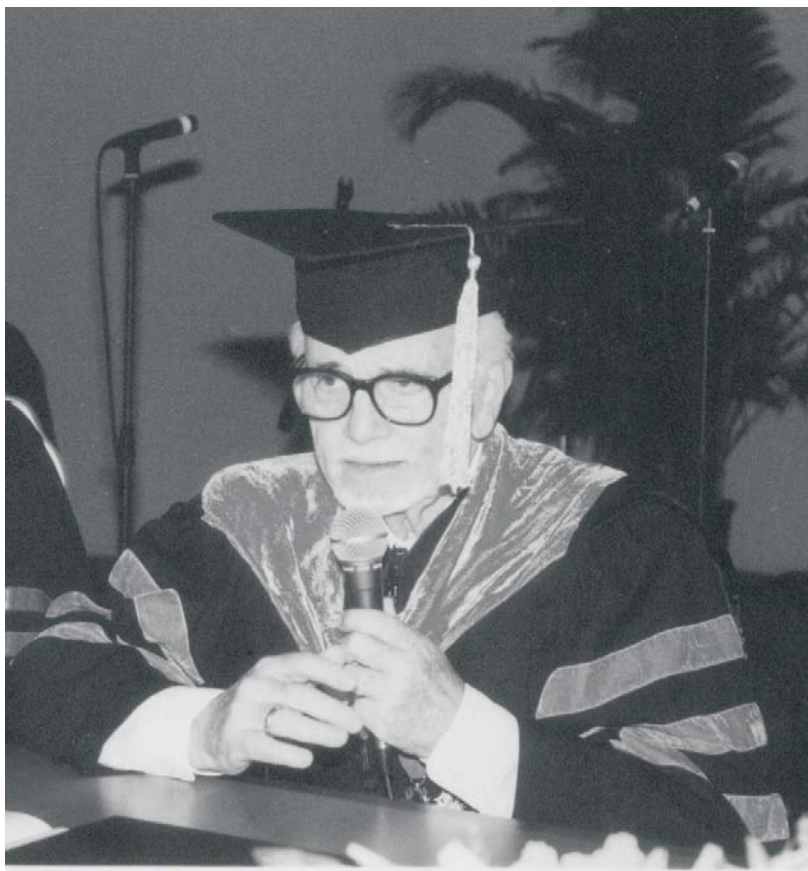
El contenido de cada uno de los depósitos, parece comprobar la autenticidad del contenido del otro. Todas las demás pruebas que han sido aportadas en relación con esto, palidecen ante las que aquí presentamos”.⁴

En *Antigüedades, arte y tradición en Santiago de los Caballeros y Nuevas del Nuevo Mundo*, Dobal confirma que el pasado es sustancia de creaciones infinitas. Estructurados por artículos breves, el autor dedicó estos volúmenes a una rica multiplicidad de hechos y personajes de la época colonial y el siglo XIX. En el primero pone de manifiesto la riqueza de los valores culturales de la ciudad de Santiago, de los que son expresión las casas victorianas, los lechones, la Tarasca y la Fiesta de Lupina. En el segundo se aprecia su vocación por temas como el Descubrimiento de América, el Almirante Cristóbal Colón y La Isabela. Pero el mejor testimonio de su afición por el tema colombino es *Odisea del ancla de Colón*, obra breve en la que rememora el descubrimiento del ancla de la nave “Santa María” por el Dr. Alejandro Llenas Julia en 1887 en Haití, su traslado a los Estados Unidos en 1891 con motivo de la Exposición Mundial Colombina en ocasión de conmemorarse, un año después, el IV Centenario del Descubrimiento, y su retención por la Sociedad Histórica de Chicago.

4. Carlos Dobal Márquez. *¿Dónde están los restos del Almirante?* Santiago de los Caballeros, Artes Gráficas y Multimedia, 1996, p.14 (Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra).

La valoración del patrimonio construido como vertiente de su apelación telúrica tiene en *Nuestra Catedral* su obra más significativa. Es una interesante relación en la que da a conocer una visión panorámica de la Catedral Santiago Apóstol de Santiago de los Caballeros, en la que aprecia y valora su evolución arquitectónica y sus caracteres estilísticos, las peculiaridades de su altar, sus campanas, sus imágenes, sus sacerdotes, su archivo y hasta de sus enterramientos y lápidas.

Durante cuarenta años, este brillante intelectual y académico, que asumió desde muy joven la creación con auténtica vocación crítica, ha realizado, como se comprueba, una admirable labor de investigación y difusión, inscribiéndose, a juicio de Frank Moya Pons, entre los historiadores que han aportado interpretaciones distintas a las contenidas en las obras de los documentalistas tradicionales, junto a María Ugarte y Carlos Esteban Deive. Sin dudas, pues, polémico, combativo y combatiente, Carlos Dobal ha construido una nueva interpretación histórica que tiene el mérito, como visión alternativa del pasado, de estar siempre abierta a la perfectibilidad, pues como él mismo ha sentenciado, “*todo investigador serio debe permanecer abierto a nuevas ideas y hallazgos*”.



El homenajeadado agradeciendo en la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra la inauguración de la *Cátedra de Historia de la Cultura Dr. Carlos Dobal*, en Santiago de los Caballeros, el 15 de noviembre de 1999.